



minúsculas

(transformaciones, variaciones
y ensoñaciones)

SELECCIÓN DE RICARDO SUMALAVIA



Petroperú

Minúsculas

(transformaciones, variaciones
y ensoñaciones)

Selección de Ricardo Sumalavia



Petroperú SA
Minúsculas (transformaciones, variaciones y ensoñaciones)
Selección de Ricardo Sumalavia
Lima, Petróleos del Perú, 2021, 74 pp., 14,5 x 20,5 cm
Primera edición, noviembre de 2021

© Petróleos del Perú-Petroperú SA
Gerencia de Comunicaciones y Gestión Cultural
Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú
www.petroperu.com.pe
cope@petroperu.com.pe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC
Imagen de portada: [Shutterstock.com/Netsign33](https://www.shutterstock.com/Netsign33)

Este libro es una muestra de microrrelatos del taller Minúsculas dictado por Ricardo Sumalavia en agosto de 2021, organizado por el Centro Cultural Petroperú.

Publicado virtualmente en Lima, Perú, en noviembre de 2021

Índice

Presentación	7
El lopate LUIS MIGUEL PURIZAGA VÉRTIZ	11
Última llamada MELISSA DÁVILA TIPIANI	13
Criasol SILVIA POSTIGO SEGOVIA	15
La raíz de los demonios ROSA SALAZAR	17
Quien siembra vientos cosecha tempestades CRISTIAN LINDO PABLO	19
Pescando FABIOLA DEL MAR	21
Paternidad ALLEN ANDREE ALBITRES ZARAVIA	23
Animal PABLO MORENO VALVERDE	25

El mundo al revés PAOLA FRANCO ARIAS	27
La batalla final RAÚL MIGUEL ÑOPE VILLEGAS	29
Confesión en el bosque ELVIS JOEL CERRINOS PAREDES	31
Mi edad: doce años RICARDO RENZO MISHTI VILLARÁN	33
Anomalía EDGARD J. RIVERA	35
Amor a destiempo MARITA CÚNEO	37
MANUAL PARA VIAJAR A LA LUNA EDUARDO SOSA VILLALTA	39
Niña y mujer CÉSAR CLAVIJO ARRAIZA	41
Por el camino de la estrella MAURICIO SERGIO LAVALLE MOSCOSO	43
Depilación MARÍA JOSÉ MONTEZUMA JARAMILLO	45
Terremoto político ÓSCAR PAZ CAMPUZANO	47
Pequeños viajes NILS ERICSON SALVADOR ESQUIVEL	49

Luz ALEJANDRA BEDOYA	51
El leczo BENJAMÍN HERRERA	53
Un pastel EDER CÉSAR SANCA YUCRA	55
Involución DAYSI M. ARONES	57
Ultimátum DORIS BELLIDO	59
La extinción JOHN STEVEN BONIFACIO ESCAJADILLO	61
Entrometida TERESA NELLY TAPIA CRUZ	63
Historias paralelas RENZO DEL ÁGUILA MERZTHAL	65
Pluma ROCÍO MEZA	67
Plato frío SOLÁNGEL RODRÍGUEZ	69
Derrumbe LUIS ANDUZE	71

Presentación

El microrrelato en el Perú es un género que día a día va ganando más lectores. Lo mismo podemos decir de sus autores. Narradoras y narradores se sienten atraídos por este formato híbrido en esencia, por esta suerte de prosa impregnada de poesía. Pero también impregnada de ideas, de sarcasmo, de teorías y, sobre todo, de mucha imaginación. Por esa razón siempre es de aplaudir que se creen estos espacios para difundir tanto su lectura como su creación. Una vez más, la gestión cultural de Petroperú tuvo a bien convocarme para ofrecer este taller de escritura creativa de microrrelatos, al cual sin dudarlo llamé *Minúsculas*, obviamente por las dimensiones de los textos, pero también como homenaje al escritor y pensador peruano Manuel González Prada.

Sesión a sesión, durante un mes, fuimos compartiendo textos, lecturas y consejos que podrían ser útiles para los iniciados en este género. La experiencia fue muy grata y, además, se logró acompañar en el proceso de escritura a participantes de diversas regiones del Perú, e incluso algunos del extranjero. Al final del taller se solicitó a los participantes que ellos mismos seleccionaran sus mejores textos escritos en el taller y, partir de estas entregas, se realizó una selección aun más exhaustiva, que es justamente el volumen que tiene ahora el lector frente a sí.

Lo llamativo de este conjunto es que la mayoría de los talleristas optó por temáticas fantásticas, de lo extraño y de las ensoñaciones. Por supuesto, las temáticas de corte realista están presentes, pero desde un enfoque intimista, desde el mundo de las ideas o cargados de lirismo.

Celebro cada texto de este libro y espero que el lector también los disfrute... y, si se anima, escriba sus propios microrrelatos. La lectura también es un acto creativo.

Ricardo Sumalavia

Lima, 28 de setiembre de 2021

El lopate

por Luis Miguel Purizaga Vértiz

El lopate es un ser que adopta la forma de aquello que más le da miedo. Entonces a cualquiera de estos seres, si le asustan los árboles, se convierte en árbol. A otro le asustan las piedras y se convierte en piedra, a otro las hormigas y se convierte en hormiga. Es tan simple y precisa la conversión que muchas veces es imposible distinguir a una hormiga o una piedra o un árbol de un lopate. En antiguos textos sumerios, se hace referencia a un gran lopate que en el inicio de los tiempos adoptó la forma de la tierra y sobre el cual construyó Enki, el gran imperio de los hombres. Le hacían sacrificios y en muchas de sus tablillas indicaban que, si el lopate estaba molesto, los campos se volvían infértiles, los ríos se desbordaban y la tierra temblaba. Los sumerios vivían temerosos de que aquel gran lopate adoptara la forma de cualquier otra cosa que le atemorizara más y, por eso, durante algunos periodos, caminaban descalzos y lentamente para no molestarlo. Hoy, la mayoría no cree en el lopate. Solo algunos, con vista aguda y percepción sensible, creemos reconocerlo aún en ciertos movimientos repentinos de una puerta, en el deslizamiento instantáneo de algunas piedras, en las formas caprichosas de ciertas montañas y hasta en el cambio inoportuno de la dirección del viento.

Última llamada

por Melissa Dávila Tipiani

Primero se sintió vibrar la tierra. Luego se escucharon rugidos de latón. Eran los teléfonos. Arrancaron sus raíces del suelo, como árboles metálicos, y quebraron sus troncos plateados hasta lograr dos piernas de hierro. Despegaron sus cortezas, dejando heridas abiertas en las paredes. De todos lados se arrancaron, a pesar del óxido y el polvo y la gente que pasaba. Alzaron sus auriculares en protesta, sacudieron sus cables y sus lomos pintados con el nombre de las compañías telefónicas, y entre timbres, vibrar de monedas, y voces polifónicas, los teléfonos públicos se sumaron a la masa enrabada, rumbo al Congreso.

Criasol

por Silvia Postigo Segovia

Tengo ambas manos cubiertas de ceniza. Una de ellas tiene un corte profundo del pulgar hacia el meñique. Tras largas horas rodeado de multitudes, se ha vuelto una costra negra y mis nudillos han perdido toda movilidad. El mediodía se ha pegado a mi rostro desfigurado por los golpes. Así, vencido y sin fuerzas, he visto abrirse una boca carnosa en la llaga de mi mano que me ha interrogado: ¿Tú quieres vivir? Y, al otro extremo, le ha respondido la abertura del pecho: Por la familia. Yo no me arrepiento de arrojar a mi esposa a la hoguera, pero cuando anochezca, me arrancaran los brazos. Mientras mi cuerpo se silencia sobre la tierra, emergerá de mi espalda el rostro de una niña pequeña socorriéndome con la lágrima desgajada y el sol enterrado en el vientre.

La raíz de los demonios

por Rosa Salazar

Salió del edificio arrastrando los pies y encogido de hombros. Entre sus manos sudorosas llevaba su hoja de vida; había enmudecido en plena entrevista. Desde niño, en su interior, unas voces le gritaban lo torpe e insignificante que era, los demonios, como él los llamaba, lo silenciaban incluso cuando buscaba defenderse de agresiones. A veces sentía temor de salir de su habitación, estaba cansado. Ese día, su madre lo recibió como de costumbre: No pudiste, ¿verdad? ¡Lo sabía! Conforme pasa el tiempo, te vuelves más imbécil. Aceleró el paso hacia su habitación y azotó la puerta, pero esta vez los demonios salieron de su cabeza y lo rodearon en medio de su habitación, le repetían lo insignificante que era. Él sudaba, apretaba los dientes y se jalaba los pelos, su respiración se aceleró, ya había reunido la fuerza para acabar con ellos, pero eran muchos, eso aumentó su rabia; una nueva voz en su mente le gritó: No podrás con todos, son muchos, pero madre, madre solo hay una. En ese instante, su cuerpo se impulsó con furia, salió corriendo hacia la sala, y extirpó los demonios, desde la raíz, la cual era una sola.

Quien siembra vientos cosecha tempestades

por Cristian Lindo Pablo

En uno de los valles de Eolia, el hijo de Hípotes sembraba, furioso, semillas de brisas entre los surcos de tierra. Sin embargo, la rabia por el amor furtivo nacido entre Polimele, una de sus más queridas hijas, y el ladino Odiseo, hizo que trocara, sin darse cuenta, las semillas de remolinos en lugar de las mansas brisas. El amo de los vientos se dio cuenta de su error cuando vio su isla levitando a más de cien metros del Mediterráneo y, sobre todo, cuando sintió el puntapié de su mujer retumbando en sus nalgas sagradas.

Pescando
por Fabiola del Mar

Cada noche bajo la luz de un faro, Aracne luce tornasol, carga sobre sus hombros el eros y la tinta de la palabra. Cada noche se desliza en el bote de un pescador, escarba entre sus redes, se ciñe a sus anzuelos, tiñe de versos la barca y con sus brazos vellocinos hila sus enredos. En la otra orilla, Ella lo espera, humana y sin gracia, impronta descubrirá las huellas ventosas sobre su piel, al pisar la arena el pescador no verá el amanecer.

Paternidad

por Allen Andree Albitres Zaravia

Estoy seguro de que por parte de mis ancestros es que las aves comprenden mis aullidos y que cuando una bandada pasa cerca de casa es porque cambiaré esto que a mí me gusta llamar pelaje. Dicen que mi madre es la mismísima naturaleza, pero yo recuerdo haber conocido a mi papá y a mi mamá. Sé que ambos no tenían muchas cosas en común y que a pesar de ello compartían el plato y la cama. Quién iba a pensar que un día él se iría volando y no volvería más. Con todo y eso, algún día tendré la oportunidad de ser el patriarca de mi propia jauría, aunque sería feliz solo con dos pequeños cachorros y, esperemos, un poco de violencia familiar.

Animal

por Pablo Moreno Valverde

Soy un animal. Vivo en los libros desde que estos se inventaron. Me alimento de lectores empedernidos y, cuando no lo hago, me cazan.

El mundo al revés
por Paola Franco Arias

En una casa en la Alameda de Acho, frente al río, parejas de hermosos caballos se pasean sentados en carruajes, jalados por seres humanos. Estas pobres criaturas visten de traje aun con el sol abrasador sobre sus calvas. Uno de ellos mira absorto hacia el río, reconociendo el mismo absurdo en otra víctima. Le vociferan algo desde atrás, pero no alcanza a girar. Antes de intentarlo, es arreado de su ensueño. Sospecha que algo no anda bien. Lo siente y lo reconoce en ese pescador que es atrapado por un pequeño pez.

La batalla final

por Raúl Miguel Ñope Villegas

Llegó al bar con el ánimo resuelto, pero todo cambió para él cuando vio a su rival junto a los amigos. Hizo un pedido y el cantinero se lo trajo en un vaso personal. Incitado por la buena música hizo otro pedido. Se tomó un vaso más y permaneció sentado mirando las parejas en la pista de baile. De pronto sintió la necesidad de ir al baño. Hizo el ademán de regresar y se dirigió a la puerta que se encontraba en el pasillo, al cual se accedía por un costado de la barra. Tuvo un mal presentimiento. En ese momento lo que realmente le importaba era su rival. Abrió y cerró la puerta sin prestar atención que alguien más ingresara tras él. Dudó. Volteó para ver si alguien estaba allí, pero en ese momento sintió un empujón. Por poco termina golpeándose la cabeza. Reaccionó de inmediato y forcejeó de igual a igual. Dio un puñetazo y él recibió un golpe similar que le dejó con el rostro desencajado. Esto le hizo pensar que su adversario tampoco era tan desprevenido. Le propinó una patada en el abdomen y él recibió otro igual. Bajó la guardia. Después de un jadeo se abalanzó sobre él y logró derribarlo. Lo sujetó con ambas manos del cuello, con la idea de obstruirle la respiración. Estaba agotado. Pronto, la baba espumosa y blanquecina le invadió el rostro. Creyó entonces que el final había llegado. Esta sería la peor batalla que había afrontado. En ese momento alguien ingresó en el baño.

Al ver la escena retrocedió unos pasos y dio aviso a la sala:

—¡Aquí hay un hombre que se está muriendo! ¡Creo que lo han envenenado!

Confesión en el bosque
por Elvis Joel Cerrinos Paredes

Caperucita va por el bosque y al ver al lobo un grito se ahogó en su garganta, quedando paralizada. Él le dijo: «No temas, soy vegetariano».

—Yo caníbal —dijo la niña.

Mi edad: doce años

por Ricardo Renzo Mishti Villarán

En un país remoto, todos hablan del terror hecho hombre. Pasan unas horas y rompen nuestra puerta, mi madre asustada sabía que los terroristas venían por nosotros, pide que nos escondamos. Efectivamente eran ellos. Son demasiados. Se transforman en salvajes y la golpean hasta dejarla inconsciente. La vida de mi madre se apagaba frente a mí. Lleno de ira, pero con la necesidad de salvar a mi hermano, corrimos desesperadamente. Llegamos al aeropuerto y encontramos el último avión que estaba despegando. Sin razonar, trepamos a una de sus alas. En segundos estamos en el aire y veo caer a mi hermano del avión y en seguida pasa lo mismo conmigo. Ya resignada en el aire, aparece una divinidad con lágrimas de sangre y exclama: «Hoy vas a morir al igual que tu hermano, pero retrocederé el tiempo doce segundos, luego congelaré todo por doce horas, puedes hacer lo que quieras». En un parpadeo, me veo parado en la pista de despegue, observo a mi alrededor y todo está congelado. Después de varias horas llegué a mi localidad. Rápidamente ingrese en mi casa y todos yacían en el suelo al igual que todo en lugar. Lloré de impotencia. Empuñé una daga, durante horas consumí mi venganza. Cerré los ojos, respiré profundamente; cuando los abrí, estaba en el aire, ya habían pasado las doce horas.

Anomalía

por Edgard J. Rivera

Lo habían esperado con ansías por nueve meses. La partera acertó: era un robusto varón. Sin embargo, al revisarlo, encontraron una anomalía. A la altura de la axila se asomaba una protuberancia semejante a la de un puño adulto. Todos lloraron. «¿Qué es eso, doña Clara?», le preguntaba el padre mortificado. «En todos mis años jamás vi algo así», contestó ella. Al principio la masa era blanda, pero con el paso de las horas se tornó dura, tiesa. «Si me da su consentimiento, abro para ver qué es», dijo la anciana. Él asintió resignado. Al abrir la piel con el cuchillo caliente, en un corte preciso, el llanto del bebé y la risa de la sexagenaria se confundían. Ella siempre había escuchado el rumor, pero nunca creyó extraer un pan debajo del brazo de un recién nacido.

Amor a destiempo
por Marita Cúneo

La última vez me equivoqué. Ese domingo, terminé parado en medio del parque a unos metros del árbol de mora donde siempre me ocultaba. Fue una suerte que no me viera. Eso hubiese significado no poder verla más. Nunca más ver a Paulina, sentada en una banca, junto a la pileta, en ese mismo parque. Venir de su pasado. Buscar mi futuro. Verla. Solo con una condición. No interactuar. Solo contemplarla. Y vaya si lo hacía. Esta vez me concentraría bien para poder ocultarme detrás del árbol de mora. Aparecí nuevamente en el parque y descubrí que ya no había árbol. Paulina volteó. Sus ojos negros encontraron los míos. Había fallado. Mi cuerpo se comenzó a desdibujar. Mi lugar me llamaba de regreso. Esos ojos negros. Su mirada. Lo único que me llevo impregnado a otro espacio, a otro tiempo.

Manual para viajar a la Luna *por Eduardo Sosa Villalta*

Estábamos almorzando cuando los conocimientos se borraron en todos los hombres y mujeres, sin excepción. Se borró desde lo más esencial, como nuestros nombres, e incluso para qué sirven las cucharas, y hasta saberes complejos como prender el fuego, potabilizar el agua, sembrar para cosechar o hacer el amor. Tiempo después la humanidad se dividió entre pesimistas, desesperados y el pequeño grupo que buscó razones de lo que consideró una peste total, pero mantenía esperanzas, maravillados por las máquinas que aún estaban en funcionamiento, como computadoras, televisores, microscopios y telescopios. Más adelante, cuando el caos se apoderó de ciudades enteras y un grupo ganaba adeptos bajo la promesa de darle orden al mundo, se escucharon gritos eufóricos de todas las bibliotecas del mundo: ¡Tenemos las respuestas! La felicidad provenía de quienes comprendieron, tras redescubrir los signos de los libros, que ahí estaban todos los conocimientos, desde lo que llamaban leer hasta armar una nave para regresar a la Luna.

Niña y mujer
por César Clavijo Arraiza

En el ómnibus, la niña más linda del mundo le sonrió. Él se avergonzó. La pederastia se paga con cárcel y humillación. En la tienda volvió a encontrarla. Es un ángel, musitó. Una noche, la niña más hermosa del mundo se apareció en su habitación. Pensó en la simetría del azar. La pasión es así, aceptó. Ella sonrió y le acarició la mano. «Mañana todo será nuevo», le pregonó la muerte que ahora es niña, pero sigue siendo mujer.

Por el camino de la estrella

por Mauricio Sergio Lavalle Moscoso

Sin prisa y con un poco de suerte volveríamos a sortear la mirada del ángel. Por siete noches enteras estuvimos cruzando el desierto y, cuando al fin volvimos a la ciudad de nuestros padres y de los padres de nuestros padres, resultaba que teníamos vedado un techo donde celebrar la llegada de nuestro primogénito. Un sacerdote que pasaba, apiadándose, nos platicó sobre un santuario dispuesto por el Divino mismo donde se acogía a cualquiera que lo necesitase. Pero, cuando nos presentamos al lugar, el recinto además de estar custodiado por el mismísimo ángel que nos sacó de nuestra tierra años atrás, se hallaba reservado para unos huéspedes exclusivos cuya llegada estaba dispuesta desde siempre para esa misma noche. Abatidos, pensamos en renunciar y buscar refugio entre las rocas de las afueras. Sin embargo, una ráfaga proveniente de Egipto nos obligó a levantar la mirada hacia el firmamento y dar con una estrella que parecía reposar sobre uno de los extremos del santuario. Creyendo en señales y sin nada más que perder, seguimos la estrella, encontrándonos con un establo abandonado, al que nadie se tomó la molestia de poner guardias o si quiera colgar un letrero en el que se nos prohibiese la entrada.

Depilación

por María José Montezuma Jaramillo

La cera caliente burbujeaba en la olla. Echada en el sofá sentía un nudo en la panza que poco a poco crecía como una madeja de estambre muy áspero. Me echó un poco de talco en la zona peliaguda y revolvió la olla. Por dentro, los hilos se enredaban más y más seguían subiendo por mi garganta a una velocidad imparable. Ya untada y expectante, no pude esperar al tirón y las palabras se me salieron de raíz como una maraña indescifrable. Se lo tenía que decir. El ritual de belleza había terminado y por fin quedé sin pelos en la lengua.

Terremoto político *por Óscar Paz Campuzano*

Tengo el poder de mover la tierra a mi antojo. Lo descubrí de niño, a los nueve años. Era de noche y había ido con mi madre al circo del pueblo. De tanto reír, todo empezó a tambalearse bajo mis pies. El público, los payasos y también los enanos abandonaron la carpa, espantados. Guardé el secreto porque aquella vez las casas antiguas terminaron por los suelos y la gente durmió en las calles temiendo un nuevo movimiento. Los grandes contaban que, no lejos de ahí, un aluvión había sepultado a una comunidad entera: miles murieron. «No lo volveré a hacer, ma», le dije, arrepentido. Pero no le conté más. A medida que fui creciendo, en el colegio, en la universidad y en la oficina he tenido que mejorar los mecanismos para evitar la risa. La última vez que no me contuve una vieja iglesia se derrumbó sobre sus fieles y toda una ciudad quedó en escombros. Y eso que apenas reí unos cuantos segundos. Desde entonces he extremado las medidas: no veo programas cómicos en la televisión, me alejo de los cuentachistes y, últimamente —sobre todo esto— he dejado de leer noticias sobre la política mundial, no porque sean graciosas, sino porque es la primera vez que siento la urgencia de reír a carcajadas por el bien de todos.

Pequeños viajes
por Nils Ericson Salvador Esquivel

Esta tarde una mujer ha empezado a caminar por el parque. Si bien viste unas prendas que me parecen de otra época, la forma de sus ojos y la dimensión de su frente me resultan bastante familiares. Su andar pausado, que parece ir reconociendo el lugar, va perfectamente acompasado con el movimiento delicado de sus manos. Es una mujer que debe bordear los cincuenta años y, sin embargo, su cuerpo manifiesta una curiosa reminiscencia que denota la búsqueda incesante de algo. Recuerdo que tiempo atrás, cuando mi hija tenía cinco años y descubrió compungida que existía la muerte, me dijo que sería bailarina, pero también científica, y me preguntó, para mi sorpresa, qué era la máquina del tiempo. Contesté esa pregunta y otras más, pero le advertí sobre los peligros de los reencuentros si se viajase en el tiempo. A pesar de ello, me prometió, a su modo infantil, que inventaría esa máquina para volvernos a ver. Por eso ahora creo que es mejor que me levante de esta banca y me eche a andar, aunque esto me rompa otra vez el corazón.

Luz

por Alejandra Bedoya

Los rayos del sol entraban en orden geométrico por las persianas de la biblioteca. En sus luminosas proyecciones flotaba un polvillo como un universo en miniatura. Ana cerró el libro que leía y contempló, hipnotizada, las partículas en movimiento. Imaginó a otra Ana en una casa, en uno de esos planetas: los rayos del sol entrarían en el mismo orden geométrico por las persianas de su biblioteca. En sus luminosas proyecciones flotaría un polvillo como un universo en miniatura. Esa Ana cerraría el libro que leía y contemplaría, hipnotizada, las partículas en movimiento. Ella imaginaría a otra Ana en una casa, en uno de esos planetas: los rayos del sol entrarán en el mismo orden geométrico por las persianas de su biblioteca. En sus luminosas proyecciones flotará un polvillo como un universo en miniatura. Siente vértigo. Se siente observada.

El leczo

por Benjamín Herrera

Desde que aprendí a leer, fuera del placer que obtenía de mis lecturas, comencé a sentir dolor. Cada letra descifrada significaba una mordedura y la desaparición de una célula, a causa de los leczos. Los leczos son seres microscópicos que carcomen el cuerpo al ritmo del saber de los hombres.

Por esa razón en el lugar de donde vengo se opta por el analfabetismo.

Un pastel

por Eder César Sanca Yucra

Ayer por la tarde, cerca del Olimpo, Eolo celebró su cumpleaños. Se encontraba frente a su décima torta. Los invitados terminaron el canto cumpleañosero al unísono. Entonces, él sopló, sopló y sopló, y la vela no apagó su fuego. Aspiró más y más aire, después acomodó su cuerpo y antes de continuar miró a su alrededor. El soplido empezó de manera suave y al final terminó destrozando toda la torta. Ahora, temía moverse. Se encontraba frente a un entorno destruido. Árboles caídos y tierra seca a su alrededor. Creyó entonces ver un pequeño arroyo en un extremo. Eolo ansió en ese instante que le regalen otra torta para pedir un deseo antes de que se ocultase el sol por completo.

Involución

por Daysi M. Arones

Hoy desperté muy temprano, como es mi costumbre. Me senté frente a la ventana principal y comencé a capturar las expresiones de los transeúntes. No necesito que sepan quién soy, solo observo y capturo. Y, cuando estoy satisfecho, camino a la siguiente ventana. Al alistarme a dormir, recordé que mis tentáculos necesitaban ser hidratados como todas las semanas. Para soportar las horas de sueño, entonces me desnudé y corrí al estanque detrás de la casa. Al ingresar en el agua esta empezó a burbujear. Me he dado cuenta de que en estos últimos días he visto muchos cambios en mí. Se me han aguzado los sentidos. Ayer perdí la capa transparente que protegía mis corneas; ahora me arden los ojos dentro del agua y en la oscuridad. Mi voz es ahora más gruesa y he dejado los sonidos guturales. Considero que pronto podré estar listo y explorar este lugar.

Ultimátum
por Doris Bellido

Durante una semana he tratado infructuosamente de crear un relato. Dentro de algunas horas debo enviárselo a mi profesor para aprobar el curso de Literatura. Intento escribir algo decente en mi habitación, pero es inútil. ¡Ni una sola línea! Me distraigo viendo tele, y vuelvo a tomar lápiz y papel. ¡Nada! Las musas me ignoran. Faltan dos horas. Los minutos corren. Me impaciento. Mi hoja aún está en blanco. A punto de rendirme, salgo a la sala, cuando oigo una voz que empieza a dictarme una magnífica historia. Corro a escribirla. ¡La tengo! ¡Me he salvado! Siento hambre. Entro en la cocina por unas galletas y un vaso de leche. Dejo mi hoja sobre la mesa y me sirvo. Tocan la puerta. Voy. Es mi madre. Regreso y, sin imaginarlo, el vaso se voltea: ¡toda la leche cae sin piedad sobre mi texto! Aturdida, miro el reloj. El plazo de entrega del cuento ha finalizado. Lloro de impotencia. Cada una de mis lágrimas caen sobre la leche y también sobre mi hoja que yace en blanco nuevamente. Mi madre, al ver lo ocurrido, solo atina a decirme que no lllore sobre la leche derramada, pero no le hago caso.

La extinción

por John Steven Bonifacio Escajadillo

Desde tiempos remotos he sido la especie dominante en la selva central peruana. Tras mis pasos, afloran de la tierra variedades de plantas, entre curativas y venenosas, según mi estado de ánimo. Mi alimento únicamente brota de mi piel al tener contacto con el calor del sol y el frío de las noches de luna. Es imposible la supervivencia de aquel que me viera directamente a los ojos. Intentar gritar o huir los convierte en parte de mi hábitat.

Hoy, la finalidad de mi existencia es sobrevivir. La explotación forestal y petrolera ha destruido mi hogar. La dureza de mi cuerpo ha sido vulnerada con objetos filudos que no puedo arrancar. Cada día es más difícil alimentarme. Unos seres tienen de rehenes al sol y a la luna brillante en unas cajas rectangulares delgadas, que emiten voces y sonidos estruendosos. No genero temor alguno hacia ellos por más que los ataco o grito. Solo escucho decir que soy tierno, fascinante y, sobre todo, una especie en peligro de extinción.

Entrometida

por Teresa Nelly Tapia Cruz

Todas deberían ser como usted, decía el sastre mirándola a los ojos, a la par que espantaba a los bichos que revoloteaban en su taller durante aquella tarde calurosa.

Definitivamente, en boca cerrada no entran moscas, agregó con una sonrisa de satisfacción, después de darle la última puntada a los labios de quien hace unos días fuera su vecina.

Historias paralelas
por Renzo del Águila Merzthal

Era de madrugada y Arturo seguía sumergido en ese libro en el que un asesino entraba en la casa por una de las ventanas. A lo lejos, el intruso podía escuchar el movimiento de su víctima. Confiado y hambriento, mordió una de las manzanas que estaban en el centro de la mesa y la dejó ahí para seguir husmeando por la casa. La víctima, sin saber nada, salió a la cocina para beber algo. Al pasar por el comedor, vio la manzana a medio comer y sintió una presencia detrás de él. Arturo no tuvo tiempo de reaccionar ni soltar el libro cuando sintió el cuchillo entrar en su vientre.

Pluma
por Rocío Meza

No entiendo a santo de qué tanta conmoción. Miro mis patas largas, desgarradas, y mi piel amarillenta, ya casi desprovista de esas plumas de colores mustios que solían cubrirme. Pienso que cualquier otra ave me supera en belleza o en agilidad. No puedo volar, siquiera, y eso me provoca crisis temporales de autoestima que me hacen querer ocultar, algunas veces sin éxito, las rumas de hojas llenas de poemas mal logrados que he estado escribiendo, noche a noche, con las plumas de las que ahora carezco.

Plato frío

por Solángel Rodríguez

Desde que trajeron esa alfombra a mi casa, algo inexplicable ha empezado a suceder. El gato rollizo dibujado en su superficie, cada día se ve más delgado. Mi barriga, en cambio, crece en proporción inversa a este fenómeno. También he notado que mis uñas han adoptado una consistencia más gruesa y una curvatura jamás antes vista. Hace unos días, mi esposa me mostró una fotografía de la tienda donde compró la alfombra. En vez de gatos gordos, todos los tapetes tenían el diseño de un monstruo de cuerpo felino y cabeza de araña tendida perezosamente sobre la piel de un animal parecido a un perro. El vendedor le ha jurado que es una alfombra de diseño idéntico el que ella adquirió. Tal vez todo este embrollo de cuerpos transmutados y alfombras mágicas sea responsabilidad de una sola persona: mi suegra. No quiero culparla, pero últimamente la venganza ha estado inculcando su veneno en mi híbrido corazón. Hoy he despertado ansioso por probar un nuevo platillo. Provisto de mis nacientes quelíceros succiono, con indescriptible deleite, el saco de piel y huesos del ahora frío perro de mi suegra.

Derrumbe

por Luis Anduze

Hoy, al igual que todos los días, Alicia camina al mercado a comprar seis latas de cerveza. Lenta y encorvada lleva el vestido y el sombrero negro que se puso esa tarde cuando lo despidió en el cementerio hace muchos años. Hoy, al igual que todos los días, cuando regresa a su casa, se sienta en su balcón de madera a beber y a pasar tristemente las hojas de su álbum de fotos, acaricia cada una de esas viejas imágenes de papel cubiertas por el plástico amarillento de los años y besa las de un hombre de terno *beige*. Suspira. Hoy, al igual que todos los días, Alicia se queda allí dormida después de beberse la última cerveza. Seis latas en el piso. Mañana, al igual que todos los días que aún le quedan por vivir, Alicia saldrá al mercado, comprará seis cervezas, regresará y en su balcón las beberá en su inútil intento por querer olvidar.

Minúsculas
(transformaciones, variaciones
y ensoñaciones)
se publicó digitalmente
en noviembre de 2021
por encargo de la
Gerencia de Comunicaciones
y Gestión Cultural
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

Sesión a sesión, durante un mes, fuimos compartiendo textos, lecturas y consejos que podrían ser útiles para los iniciados en este género. La experiencia fue muy grata y, además, se logró acompañar en el proceso de escritura a participantes de diversas regiones del Perú, e incluso algunos del extranjero. Al final del taller se solicitó a los participantes que ellos mismos seleccionarán sus mejores textos escritos en el taller y, partir de estas entregas, se realizó una selección aun más exhaustiva, que es justamente el volumen que tiene ahora el lector frente a sí. **(Ricardo Sumalavia)**

